

de un cisne, distante aun, pero que se acerca poco á poco: un grito penetrante atraviesa el río; es el del águila hembra, que no está menos alerta que su macho; este sacude con fuerza todo el cuerpo, y solo con algunos picotazos, y gracias á la accion de los músculos de la piel, arregla en un momento su plumaje. A poco se ve llegar al blanco viajero; lleva tendido hácia delante su largo y nevado cuello; sus inquietos ojos vigilan tanto como los de su enemigo; y sus anchas alas parecen soportar con dificultad el peso de su cuerpo, por mas que las agite incesantemente. El animal parece tan fatigado por sus movimientos, que hasta lleva las piernas tendidas debajo de la cola para facilitar el vuelo. Acércase sin embargo: el águila ha observado su presa, y en el momento en que el cisne pasa entre las emboscadas rapaces, el macho, preparado ya para la caza, se lanza sobre él, dejando oír un grito formidable. El cisne le percibe, y resuena en sus oídos, mas siniestro que la detonacion de la mortífera carabina.

»Aquel es el momento para apreciar todo el poderío del águila: deslízase á través de los aires, semejante á la estrella que cae; y rápida como el relámpago, hace presa en su temblorosa víctima, que en la agonía de su desesperacion, ejecuta diversas evoluciones para librarse de las garras de su terrible enemigo. El cisne sube, gira en todos sentidos, y quisiera sumergirse en la corriente; pero el águila se lo impide, pues sabe muy bien que por aquel medio podria escaparse, y obliga á su víctima á sostenerse con las alas para herirle en el vientre. Bien pronto pierde el ave toda esperanza de salvacion; debilitase poco á poco y desfallece al ver la bravura y energía de su enemigo. Intenta, por último, un supremo esfuerzo y trata de huir; pero el águila encarnizada le golpea fuertemente por debajo de las alas, é impeliéndole con irresistible fuerza, le precipita oblicuamente á la orilla mas cercana.

»Y ahora, lector, podreis juzgar de la ferocidad de aquel adversario, tan temible para los habitantes del aire: vedle allí triunfante sobre su presa, respirando con mas calma; sus garras poderosas pisotean el cadáver; hunde su acerado pico en lo mas profundo del corazon y de las entrañas del cisne moribundo; grita con satisfaccion, saboreando las últimas convulsiones de su víctima, y parece complacerse en aumentar todos los horrores de su agonía. La hembra, entre tanto ha seguido con atencion todos los movimientos de su compañero, y si no le ha secundado en la cacería, no es por falta de buena voluntad, sino porque está segura de que la fuerza y el valor del macho son suficientes para semejante empresa. Sin embargo, cogida ya la presa, vuela en busca del águila que la llama, y cuando ha llegado, comienzan las dos rapaces á destrozarse al pobre cisne, bebiendo con avidez su sangre.»

Al trazar este poético cuadro, no ha incurrido seguramente Audubon en exageraciones; no ha hecho mas que reproducir con su florido estilo todo lo que vió: ha hecho una verdadera pintura de la naturaleza.

Todos los pigargos merecen muy bien el nombre de *águilas de mar* con que se les designa. Habitan con preferencia nuestro hemisferio y no se alejan nunca de las corrientes; en el interior de las tierras no se ven pigargos viejos sino á orillas de los grandes rios ó de los lagos; los jóvenes suelen hallarse léjos del mar. Desde el día en que emprenden su vuelo hasta aquel en que se aparean, es decir, durante varios años, vagan sin objeto por todo el país y se internan mucho por las tierras.

Estos viajes pasan en su mayor parte desapercibidos, porque los pigargos suelen volar á gran altura en sus emigraciones, y si acaso bajan un tanto, es cuando pasan por encima de grandes bosques. Es indudable que muchos deben atravesar la Alemania, particularmente á últimos de otoño y en

la primavera, porque á no ser así no se explicaria la aparicion de tantos en los sitios donde encuentran abundante presa. Sobre esto me escribe Meyerinck: «En los diez y seis años, desde 1843 á 1859, que tuve á mi cargo la direccion de las grandes cacerías de la corte en el monte de Letzling, aparecieron cada año uno ó dos días despues de la cacería, de seis hasta doce pigargos comunes para devorar las entrañas de las cuatrocientas ó quinientas reses mayores muertas, entre jabalíes y ciervos, y buscar las piezas heridas y extraviadas, con cuyo objeto permanecian en aquel distrito, distante mas de seiscientos kilómetros de las orillas del Báltico, único punto de donde podian haber venido, para saciarse con los restos de la caza que solia efectuarse invariablemente entre el 28 de octubre y el 20 de noviembre. A pesar de estar yo todos los días del año y á todas horas en el monte, jamás observé allí pigargo alguno fuera de la citada época. No me atrevo á indicar positivamente lo que atraía á las águilas con tanta puntualidad, pero lo que sí puedo asegurar es que su llegada no era efecto del acaso, por cuanto se iba repitiendo cada año con la mayor regularidad. En la familia que allí se reunia habia siempre algunos viejos con la cabeza casi blanca, el cuello muy claro y las retrices blancas.»

Yo no admito la suposicion de Meyerinck de que las águilas acudieran expresamente desde las costas del Báltico para aplacar su voraz apetito en el monte de Letzling; mas bien opino que se encontraban en aquella estacion de paso, y que atisbando desde su altura la abundante presa, se iban reuniendo sucesivamente en el sitio, á la manera de los buitres en circunstancias análogas. Es verdad que el invierno no obliga siempre á estas aves á abandonar nuestras costas, pero sí á las que anidan junto al mar Glacial, al este del Warangefjord, en Laponia y en el norte de Rusia, cuyas regiones se cubren de hielo y de espesa nieve, siendo estos pigargos los que en parte pasan cerca de las costas y en parte cruzan el país á lo largo de las corrientes para reunirse en el mediodía de Europa y en el norte de Africa, con sus congéneres que viven todo el año en las costas de estas comarcas.

Por lo que toca á Grecia, consta por observaciones minuciosas que los pigargos son allí mas numerosos en invierno que en verano. Los viejos, empero, no se resuelven tan fácilmente como los jóvenes á emigrar, por cuanto se encariñan mas con su distrito y han adquirido mayor práctica en su vida de rapiña, de modo que ni siquiera emigran puntualmente de Rusia y otros países interiores del norte, prefiriendo acercarse en invierno á las poblaciones en cuyos alrededores acechan y ayunan hasta que recogen algo, ora sea el cadáver de algun animal doméstico, ó bien un perro, gato, gorrinillo, choto, gallina, pavo, ganso ó pato descuidados. Cuando se deciden á abandonar los bosques de la costa, acuden á los grandes lagos del interior de nuestro país, donde se dedican con mucho ahinco á la pesca y á la caza de aves acuáticas, hasta que la superficie del agua queda helada. Entonces se van, pero no sin volver otra vez para cerciorarse de si aun queda algo, y en caso negativo, y cuando ninguno de sus distritos acostumbrados ofrece esperanzas de botin, se resuelven á emprender viajes mas largos: pero á donde quiera que vayan, jamás se separan de los rios y de toda corriente sino en último extremo, siendo, segun mis noticias, un caso raro el matar una de estas aves, vieja ó joven, en terrenos que carezcan de grandes rios ó lagos, lo mismo que en las montañas; si bien no cabe duda de que en sus viajes las han de traspasar. Mas raro ha de ser todavía que una pareja de pigargos anide en el interior, estableciendo su morada en alguno de los árboles mas altos de los

bosques situados léjos de las corrientes. Con todo no rehuye los páramos, puesto que hasta establece su nido en las estepas de la Rusia meridional, pero en este caso busca siempre la proximidad de algun río.

Cuando no están en celo, forman los pigargos tribus ó reducidas bandadas, mas bien como los buitres, que como las águilas. Un bosque ó una roca les sirven de punto de reunion: en medio del verano suelen pasar la noche en pequeñas islas, ó bien sobre un alto árbol á la orilla del agua, posándose en las ramas elevadas del centro para estar enteramente ocultos. Si en los alrededores abunda la caza, cobran el mismo apego á estos sitios que á su nido; cada noche acuden á él con la mayor puntualidad, sin abandonarlo aunque se les moleste repetidas veces. Se retiran tarde á descansar, y por la mañana temprano, por lo comun antes de salir el sol, empiezan á recorrer su distrito. Si la caza ha sido feliz, comen hasta saciarse y despues de haber bebido y limpiándose el pico, descansan durante las horas de medio día, alisándose el plumaje y durmiendo un rato. Por la tarde hacen otra excursion hasta la hora de dormir.

El pigargo caza, lo mismo que el águila comun, todos los animales de que puede apoderarse y sabe ademas hacer excelente uso de sus garras desnudas, muy á propósito para pescar. No le valen al erizo sus piñas ni á la zorra su afilada dentadura, ni al pato silvestre su prudencia, ni tampoco al alcion su destreza en zambullirse. En la costa caza diferentes aves acuáticas, especialmente patos y alciones, como tambien peces ó mamíferos acuáticos. Si hemos de creer á Wallengren, las aves y los mamíferos buzos se hallan mas expuestos aun á las acometidas de la rapaz que los que no se sumergen; estos últimos huyen volando cuando llega su terrible enemigo, y suelen escapar: los que buscan un refugio debajo del agua, se sumergen apenas divisan al pigargo; pero el ave permanece allí, acechando el momento en que deben volver á la superficie. Podrán escapar una, dos ó tres veces, mas á la cuarta, cuando salen á la superficie para tomar aliento, son arrebatados por su enemigo. He observado con frecuencia al pigargo vulgar en Noruega, y tambien en las orillas del lago Mensaleh, en el Bajo Egipto, y siempre he visto, que todos los demás animales, incluso las rapaces, temen la presencia de su terrible enemigo, que arrebató su presa al busardo, y no dudó que devora tambien al ave.

A su osadía, y á su fuerza, que él mismo reconoce, reúne el pigargo la mayor tenacidad. A. de Homeyer vió á uno acometer varias veces á un zorro, muy capaz de defender su piel, y varios testigos oculares, dignos de crédito, han asegurado á dicho autor que en tales circunstancias mata casi siempre la rapaz al zorro; le acomete de continuo, evita con destreza sus dentelladas y le impide buscar un asilo en el bosque. Todos saben que el ganado menor no está libre de los ataques del ave, y es cierto que arrebató tambien los niños.

Nordmann cita el caso de un pigargo que en cierta ocasion se dejó caer en Laponia sobre la cabeza de un pescador calvo, arrancándole la piel, y el de otro que se llevó una merluza de una lancha mientras el pescador que estaba al lado se ocupaba en arreglar la red.

El pigargo fija su residencia cerca de todas las costas bravas del norte, donde anidan numerosas aves, y allí las arrebató de sus nidos; caza los eiders, se lleva las focas pequeñas que se hallan al lado de su madre; persigue á los peces hasta por debajo del agua, y se sumerge en su seguimiento. Algunas veces, no obstante, le cuestan caras semejantes tentativas: los naturales del Kamtschatka han referido á Kittlitz, que con frecuencia es arrastrado el pigargo vulgar á las profundidades del agua por algun delfin en el que ha hecho

presa. Un pigargo que volaba por encima del Havel, segun refiere Lenz, divisó un esturion, y precipitóse sobre él al momento; pero habia presumido demasiado de su fuerza, pues el pez pesaba mucho, y no le fué posible sacarle. Por otra parte no tenia el animal bastante fuerza para arrastrar la rapaz, y por lo tanto comenzó á cortar el agua como una saeta; el águila se mantenía sobre él agarrada con fuerza y muy abiertas las alas, de tal modo que parecia un barco sin velas. Algunas personas que disfrutaron de tan singular espectáculo, saltaron al momento en una canoa, y acercándose al sitio, cogieron á la vez al esturion y al ave, cuyas garras estaban clavadas tan profundamente en el cuerpo de la víctima, que no se podian desprender. Semejantes hechos deben reproducirse con mas frecuencia de lo que se cree.

En las estepas de la Rusia meridional es donde el pigargo se ha de contentar á menudo con las presas mas miserables, sobre todo cuando caza léjos de las corrientes, pues entonces todo se reduce, segun Nordmann, á mamíferos y aves pequeñas. Posado en invierno en los postes miliarios ó en los mojones de tierra que sirven para indicar el camino, y lo mas cerca posible de las habitaciones del hombre, acecha los espermófilos y lagartos ó topos que sabe atrapar con gran destreza en el momento en que asoman á la superficie en algun punto de sus excavaciones subterráneas. En ninguno de los pigargos que Nordmann mató en las estepas, y cuyo número pasaba de una docena, encontró este naturalista restos de peces, sino invariablemente los mamíferos indicados, aves y alguna que otra vez lagartos. En cuanto á comer carne muerta apenas cede el pigargo á los buitres; y hasta en las costas constituyen la mayor parte de su alimento los peces muertos que las olas arrojan á la orilla; mientras que en el interior jamás deja de acudir donde haya el cadáver de algun animal. Nada menos que ocho pigargos encontré hartándose de carne de varios caballos muertos en un bosque próximo á la ciudad de Jaluturoffsk junto al Tobol, siendo probable que se hallaran reunidos allí hacia algunas semanas. Verdad es que entonces el Tobol estaba helado y el pescado escaseaba. Sin embargo, la habilidad con que descubren hasta cadáveres cubiertos de nieve ú otra materia es asombrosa, por cuya razon cree Meyerinck que estas aves deben tener un olfato finísimo, y en su apoyo me escribe lo siguiente: «Si se expone el cadáver de un caballo en una espesura para atraer jabalíes y zorras, cubriéndolo empero con tierra y ramas para que no lo devoren de una vez, se observa que las águilas lo atisban en breve y que acuden á hartarse, aun cuando no es posible que lo divisen desde la altura á que vuelan.» Yo no admito esta consecuencia y creo mas bien que el pigargo conoce donde hay carnaza, como el buitre, merced á la multitud de cuervos que se reúnen al rededor de la presa oculta. A pesar de todo esto, y de las invasiones y otros pecados de que se hace culpable esta gallarda rapaz, constituyen siempre su principal alimento los peces, á ellos persigue sobre todo, y si se establece y anida en las costas del mar así como en las cercanías de los rios y lagos, es exclusivamente á causa de ellos. Nunca deja de acudir á las pesquerías mal organizadas y explotadas, donde, si no se le persigue, se vuelve tan atrevido que se planta junto á las chozas de los pescadores para ver desde allí si queda algo para él.

En cuanto á las cualidades físicas, el pigargo es en mucho inferior á las águilas propiamente dichas, aunque mas diestro en tierra y en el agua; su vuelo no tiene la elegancia ni destreza que tanto distinguen al de todas las águilas nobles; siendo tan diferente su aspecto cuando vuela que con dificultad se confundirá á esta especie con aquellas, pues al punto se le conoce por su cuello corto y por su cola redon-

deada y corta también en proporción de las alas, que son largas pero de poca y casi igual anchura en su extensión. A esto se agrega que vuela con más lentitud, dando aletazos que, sin dejar de ser rápidos, son más pausados que los de aquellas, y merced á los cuales corta los aires en línea recta ó describe círculos sin mover apenas las alas. En cambio tienen los pigargos una ventaja sobre las águilas citadas, y es su dominio del agua, porque son buzos como el busardo y el buitre pescador, y dignos émulos de las gaviotas y golan-

drinas; tanto que se posan á veces para descansar sobre el mar como si fueran aves acuáticas, y permanecen sobre las olas todo el tiempo que les conviene, según manifestó al naturalista sueco Nilsson un excelente observador. Después cuando quieren remontarse de nuevo levantan las alas casi verticalmente y se separan del agua de un solo aletazo.

Sus sentidos alcanzan bastante desarrollo; pero no se halla tan bien dotado por lo que hace á la inteligencia. Carece también de la nobleza y de la majestad del águila leonada,



Fig. 154.—EL PIGARGO DE CABEZA BLANCA

pero se distingue en cambio por su valor y bravura. Yo he visto dos buzos encerrados en una misma jaula con un águila leonada, la cual soportaba su presencia como el león la del perrito; mas habiendo puesto estos dos buzos con un pigargo, fueron devorados á los pocos minutos.

Dehne vió también á una de estas rapaces domesticada despedazar en un momento á un balbusardo que le dieron por compañero. Los pigargos del Jardín zoológico de Hamburgo están en continua lucha con los buitres; pero por fortuna estos saben defenderse vigorosamente.

Los pigargos se reproducen por el mes de marzo: es probable que contraigan lazos indisolubles para toda la vida, aunque tiene el macho rivales con los que debe sostener rudas luchas; y si es vencido puede perder su compañera. «Dos machos que observé largo tiempo, escribe el conde de Wodzicki, peleaban continuamente: descargábanse picotazos y golpes de garras; caían á tierra juntos; volvíanse á levantar para luchar de nuevo, cubriendo el suelo de plumas y de sangre. La hembra presenciaba la pelea, sin tomar parte, y dispuesta á rendirse al vencedor, como así lo hizo. Los dos

machos eran de edad diferente, y se les reconocía con facilidad. Aquella lucha sangrienta duró unos quince días, y las rapaces se excitaban de tal modo, que no pensaban en comer: por la noche se posaban en dos árboles; la hembra y el vencedor en uno, y el rival en otro. Al cabo de un mes se halló en el bosque un nido de pigargo; algunas semanas más tarde se cogieron los hijuelos, y á poco volvieron los padres al lugar donde se habían unido. Habiéndose presentado un nuevo macho, comenzaron otra vez las luchas: cierto día se acometieron los dos rivales en los aires y cayeron juntos á tierra; el uno derribó á su adversario, dióle varios picotazos con toda su fuerza, saltó sobre él, y cogiéndole por la garganta con una de sus garras, le clavó la otra en el vientre. El vencido se cogió á la pata y al ala de su enemigo; un leñador sorprendió á los combatientes en aquel momento, y acercándose á ellos, mató á uno de un palo; el otro, todo cubierto de sangre, se enderezó sobre el cadáver de su rival, y fijó en el hombre una mirada con tal expresión de ferocidad, que aquel retrocedió espantado. Solo al cabo de un instante comprendió el ave el peligro que le amenazaba y se remontó con

lentitud: si el hombre no hubiese tenido miedo, hubiera matado seguramente á las dos rapaces.

» Se puede colegir que el tercer pigargo había estado entre tanto solitario, proyectando su venganza como los corsos, dispuesto á utilizar la primera ocasión para llevarla á cabo.»

En Hungría me contaron también que no era raro ver luchar á los pigargos, muy comunes allí, en las altas regiones del aire; y una vez cayeron al Danubio, según me refirió el ayudante de montes Ruzsovitz, dos machos tan agarrados y

con las uñas tan clavadas uno en el cuerpo del otro, que flotaron en la corriente bastante rato como un confuso é informe montón de plumas.

Según las circunstancias eligen los pigargos para su nido, ya un sitio, ya otro. Allí donde forman la orilla del mar escarpadas rocas encuentran estas águilas sitios á propósito; si á lo largo de la costa ó de anchas corrientes hay bosques eligen un árbol alto; donde estos faltan y hay abundancia de pescado se suelen contentar con matas miserables que con

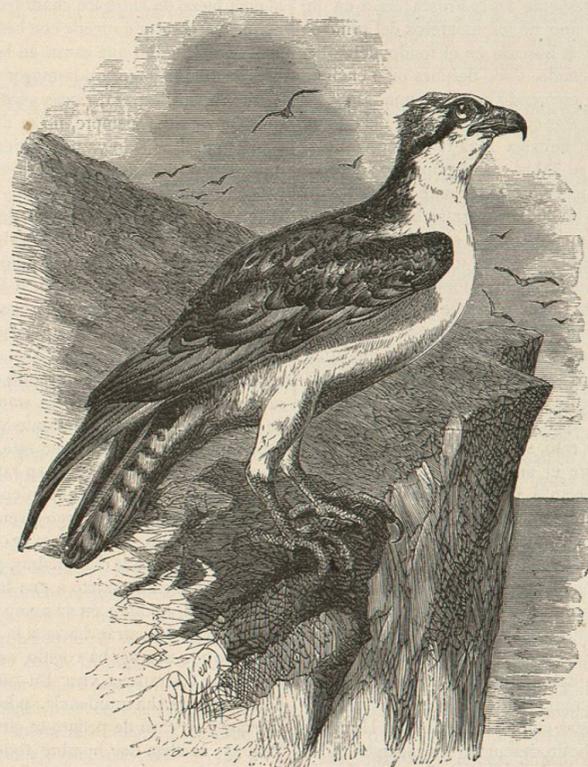


Fig. 155.—EL BALBUSARDO PESCADOR

trabajo sostienen la balumba de su nido; y á falta de material lo construyen hasta en cañaverales, donde son más espesos é impenetrables. A este efecto rompen en un gran círculo las cañas hasta que formen un lecho bastante resistente sobre el cual reúnen los materiales hasta la altura de un metro sobre el nivel del agua. En las estepas se arreglan del mejor modo que pueden; probablemente en cañizares si hay lagos, y en caso necesario simplemente en el suelo. En toda la costa del Báltico eligen para el nido, según Hottz, árboles altos, especialmente pinos, y después hayas y robles desde donde pueden dominar con la vista ya el próximo bosque, ya los prados y aguas. El nido es en todos los casos una construcción imponente de 1^m,50 á 2 metros de diámetro por 0^m,30 hasta un metro de altura, pues también sirve á la pareja para muchas crías, á cada una de las cuales lo aumentan y perfeccionan. Ramas del grueso de un brazo forman la base; sobre esta colocan otras más delgadas, y el nido propiamente dicho lo forman con ramitas tiernas cubiertas de yerba seca, líquenes, musgos y otros materiales por el estilo. Durante la excursión de caza del príncipe imperial Rodolfo, mencionada repetidas

veces, exploramos diez y nueve nidos de pigargos; seis de los cuales estaban sobre robles, otros tantos en chopos negros, cinco en chopos blancos y dos en hayas, casi todos en las islas del Danubio, algunos en los magníficos bosques de la Fruscagora á cuatro ó cinco kilómetros del río en línea recta. Dos de estos nidos se hallaban construidos en las ramas más altas del centro, tres en ramas secundarias, y los demás en las bifurcaciones junto al tronco. La base de seis de estos nidos consistía en palos gruesos, y la de los demás en ramas que apenas tenían una pulgada de diámetro. Los menos eran nidos de grandes dimensiones á pesar de que algunos servían ya diez y seis años sin interrupción para las crías de los pigargos más viejos; siendo la mayoría hasta relativamente pequeños, y á excepción de dos, todos abrigaban numerosas colonias de gorriones del campo.

Hacia fin de marzo, rara vez antes y casi siempre algo más tarde, queda terminada la puesta, consistiendo en dos, y lo más en tres huevos relativamente pequeños, pues miden solo de 0^m,67 á 0^m,73 de largo y de 0^m,53 á 0^m,57 de grueso, de forma y color variables. La cáscara es gruesa, áspera y de